

Sitio especial deberá ocupar su obra, tan copiosa como dispersa. Tenía fama Germán de ser un lector tan completo, que debió leer todo lo que en este mundo merecía leerse. Y en la misma forma escribía con profusión pero sin preocuparse por legar lo escrito. Miles de páginas de periódico, de grabaciones radiales, de transcripciones de foros, esperan quién las ordene y compendie.

Hará gran falta entre su familia y sus amigos, pero por fortuna deja en su esposa Sussie, y en sus hijos, que han ascendido a alturas que lo llenaron de satisfacciones, una prolongación de su personalidad y de aquella hermandad que surgió y se extendió desde un luminoso faro barranquillero.

Coletilla.— *Sigue el lento e implacable desfile final de lo mejor de nuestra gente.*

JOSÉ SALGAR

(Tomado de: El Espectador (Bogotá), mayo 23 de 1991, pág. 3A).



GERMÁN VARGAS

A continuación reproducimos las palabras que escribió y leyó su grande amigo, el periodista e intelectual Alfonso Fuenmayor, durante el homenaje que la Emisora HJCK, de Bogotá, dirigida por Alvaro Castaño Castillo, le hizo al inolvidable Germán Vargas, recientemente fallecido.

Germán Vargas, cuya muerte tantos deploramos en estos días, alcanzó una importancia a la que le dan valor

perdurable sus escritos en el campo de la investigación, de la divulgación, del enjuiciamiento de nuestra literatura.

A todos asombraba la capacidad de concentración de que estaba dotado, la disposición de su mente para sumergirse, como en una especie de ensimismamiento, en la lectura y, para de este modo, quedar aislado transitoriamente del mundo, de las cosas que lo rodeaban y a las que estaba, sin embargo, hondamente vinculado. Fue un gran lector que atravesaba sin fatiga hasta los más inhóspitos desiertos que, en forma de libro, pueblan las bibliotecas.

De pronto, en algún momento de los días que eslabonaron su existencia, sentado en aquella mecedora en la que vivió apasionantes aventuras que siguen zarandeando a los hombres desde los tiempos de Homero, apartaba su vista del libro que había estado bajo su mirada, se quitaba los anteojos y, como en un rito, se estragaba suavemente los párpados, diríase que un poco a poco, se reincorporaba al mundo del que había estado ausente, separado. Tranquilamente habían transcurrido cuatro, cinco, seis horas de lectura. Como si nada.

Albert Thibaudet distingue dos clases de lectores: el "lecteur" y el "liseur", que en castellano, como quien dice, el "lector" y el "leído". Germán Vargas era una y otra cosa y en señalar las diferencias entre una y otra que quizá sean obvias, no voy, por ahora, a detenerme.

Estos días, muchos, para referirse a él, a Germán Vargas, hablan del lector "voraz" que había sido. Con esta expresión que lo señalaba como un "devorador de libros" se quería hacerle un elogio. No, no es feliz, no es apropiada la citada expresión. Germán, por supuesto que sí, era un lector permanente, un lector infatigable, pero era un lector que degustaba los autores cuyas obras desentrañaba, que se deleitaba con los matices de las frases, que las pensaba, que las meditaba, ya para aprobarlas, ya para rechazarlas, ya, simplemente para pasarlas por alto, para ignorarlas. No, Germán Vargas no era un maniático engullidor de libros.

Germán Vargas fue un crítico de rara perspicacia, un genealogista de



la novela y del cuento y de estos atributos a los que acompañan otros de sutiles manifestaciones surgen su preciosa contribución para mejor entender y disfrutar, si es el caso, las obras de los creadores literarios.

Ahora Germán Vargas ha muerto y todos nos preguntamos qué vamos a ser sin él. Ahora que él no está ya más con nosotros, ¿a quién acudirá el poeta nuevo y anhelante para mostrarle con humildad sus versos? ¿a qué puertas llamará el novelista que se inicia y que a él, a Germán, le habría llevado su manuscrito en busca de un consejo?

Y el pintor con sus trazos, con su urdimbre de forma y color, ¿hacia dónde encaminará sus pasos en busca de orientación? Porque Germán Vargas, sin proponérselo, se había convertido en un mentor y ejercía con una bondad en la que nunca se puso el sol y en la que nunca estuvo ausente la ironía ni el buen humor, era un consejero sin arrugas en la frente porque él disfrutó de las no desmentidas virtudes desarrugadoras de ese buen humor que suele distinguir al hombre sabio de quien no lo es.

Fue, por supuesto, un periodista completo que ennoblecía esta noble profesión y que supo cubrir con decoro y con talentos todos los niveles del oficio, desde la crónica roja hasta la adustez del editorialista.

Encerrar, envasar en unas cuantas palabras cuanto abarcaron los setenta y dos años que miden, en el tiempo, su vida ejemplar, no es posible y sería necio intentarlo. A esta tarea hay que renunciar de antemano.

Y del amigo que ya dejó de estar a nuestro lado, ¿qué decir? ¿qué vamos a

decir? ¿qué podría decirse? Dejemos que todo esto transcurra en un silencioso drama interior que se inició desde el instante aciago en que Germán dejó de ser uno de los nuestros, en que ya no fue más uno de nuestros semejantes para convertirse en nuestro superior, con esa jerarquía invulnerable, inviolable que da la muerte.

ALFONSO FUENMAYOR

(Tomado de: El Heraldo: Revista Dominical (Barranquilla), junio 9 de 1991, pág. 4).



VENTANA AL MUNDO

Germán Vargas

Nos presentó Gabo en Barranquilla hace casi cuarenta años. Yo creo que fue en el año 52. Tal vez alcancé a estar luego con Germán Vargas, con Cepeda y con Fuenmayor, con Vilá y con Obregón, un par de veces en *La Cueva*, pero esto ya cuando García Márquez se había ido a Europa. Eran tan amigos entre ellos, los del grupo, que una presentación por uno cualquiera equivalía a una iniciación.

Así trabé amistad con Germán y con los otros del Grupo de Barranquilla. Y la trabazón debió de ser fuerte porque a pesar de no vernos sino de vez en cuando, la amistad ha estado ahí, firme y clara. Zumbona también; a esa gente le zumba la inteligencia, y la guasona alegría les ayuda al pudor de los sentimientos profundos.

Fue en el viaje a Estocolmo cuando, al cabo de los años, tuve un tramo de días algo más duradero con Germán Vargas, con Sussie, su esposa, y con su hijo Mauricio. Quedamos alojados

en el hotel Amaranten, mi hijo y yo con ellos, y con Alfonso Fuenmayor; con Hernán y Ana Vicco; con Eligio y Miriam García.

Andábamos contentos como escolares. A poca gente en el mundo se le da la carta de ir a ver cómo le entregan un premio Nobel al compañero de banca en la universidad o de mesa en el café. Alfonso Fuenmayor nos pastoreaba a todos. Recuerdo, la noche del arribo, cómo lo seguimos con una confianza implícita en su no desmentida sabiduría, en la búsqueda de un bar de ambiente bohemio nórdico. Fuenmayor no presumía de conocimiento turístico de la ciudad, seguía su instinto. Sólo que estábamos en el sector bancario de Estocolmo en una noche de invierno. Fue Germán el que lo persuadió de que regresáramos al hotel, en el cual el bar resultó luego muy simpático.

En esa ocasión —poco más de una semana y con los amigos que digo— desayunamos, almorzamos y comimos juntos con la predecible frecuencia, e hicimos una especie de sumario de quién sabe cuántas conversaciones dispersas en los decenios. Las afinidades vitales y de lecturas permiten ahorrar mucho tiempo. Con un hombre como Germán Vargas se discurre sin temor por los atajos y los precipicios.

Gabo me había hablado de la confianza que tenía en el juicio de Germán Vargas. Era evidente que, como Fuenmayor, había leído y discutido todo lo importante por lo menos cuatro veces. Al modo que digo, el de quitarle solemnidad a la expresión, traducía una extensa pasión por las letras. Sabía juzgar la gran literatura con la libertad y la perspectiva del lector maduro, y sabía apreciar la que se hacía en nuestro tiempo y nuestra atmósfera.

Leyó y comentó durante su vida de escritor una enorme proporción de lo que se estaba produciendo en el cuento, la novela, el teatro y el ensayo, en el mundo y en Colombia. Superó esa tendencia del conocedor consumado a encerrarse con lo mejor. No perdió ni la curiosidad, ni la generosidad. Las notas suyas que relievan

los hallazgos de los jóvenes, por ejemplo, harían un buen volumen.

Me sorprendió saber que tenía 72 años, al morir. Daba una idea tan ágil de juventud. Ahora que se ha ido se me agudiza esa dolorosa impresión de que no tenemos sino instantes con quienes compartimos el mundo ideal. Como decía Jomi García Ascot —otro amigo que se fue temprano— lo único mejor que oír música es hablar de música con los amigos. Igual pasa con los libros.

Cuando pienso en la pena de Sussie, Darío y Mauricio Vargas, pienso también en la de quienes los están acompañando más de cerca, Alfonso Fuenmayor, Gabriel García Márquez y Alejandro Obregón. El "roll call", la llamada a lista del personaje proustiano. Ese grupo con el cual uno compartió la fiebre y la alegría de los libros no sólo estaba hecho de artistas y escritores completos. Es un grupo de amigos verdaderos.

GONZALO MALLARINO

(Tomado de: El Espectador (Bogotá), junio 10 de 1991, pág. 2A).



UN RECUERDO NORTEAMERICANO DE GERMAN VARGAS

El maestro Germán Vargas fue un muy querido amigo, pero era mucho más que un amigo: fue la persona más generosa que he conocido. Fue el mentor de varias generaciones de intelectuales colombianos y extranjeros. Sin él, Colombia sería mucho menos de lo que es; sin él, todos los que lo hemos conocido seríamos menos de lo que somos.